

go menos de mediana estatura, pero lo ancho de los hombros, lo largo y nervioso de los brazos, y los músculos muy marcados en todos sus miembros, anunciaban una fuerza no muy comun, y la robustez del cuerpo, sostenida por un ejercicio constante. Tenia las piernas tanto corvadas sin parecer patojo, lo que se acordaba muy bien con lo fuerte de sus miembros, aunque perjudicaba en cierto modo á su proporcion simétrica. Tenia un peripunte de piel de búfalo y un cinturón del que pendia una espada ancha ó claymora, y un puñal, como para defender la bolsa, tambien pendiente del mismo cinturón, segun la costumbre de los paisanos: los cabellos eran negros y rizados, casi todos cortados al rape de la cabeza redonda y bien proporcionada. Se dejaban ver en sus ojos negros audacia y resolucion, y por el resto de sus facciones una timidez mezclada con un aire de buen humor, que anunciaba la satisfaccion que tenia por hallarse entre sus amigos antiguos. La frente de Enrique Gow ó Smith, palabras que significan su oficio de armero, era alta y noble; pero la parte inferior de su

cara menos bien formada. Boca grande, bien provista de dientes muy blancos, cuyo esmalte y distribucion correspondia con las señales de fuerza y robustez indicadas en el todo de su persona; barba corta y cerrada, y bigotes poco habia levantados, formaban lo cabal de su retrato. Su edad era como de veinte y ocho años.

Toda la familia se alegraba de ver, cuando menos lo esperaban, un amigo antiguo. Simon Glover le dió la mano de amigo varias veces, Dorotea estuvo con él muy cumplida, y Catalina le alargó la mano; tomóla entre las suyas Enrique, como en accion de llevarla á los labios; pero se manifestaba en las megillas de la doncella de Perth una especie de rubor, y en sus labios una sonrisa, que pareció aumentar la confusion del galán. Simon viendo tal irresolucion, dijo en tono franco y alegre.

— ¡A la boca, hijo mio, á la boca! No diria yo esto á todos los que pasan el umbral de mi puerta; pero, por San Valentin, cuya fiesta es mañana, me alegro tanto volverte á ver en nuestra buena ciudad de Perth, que no será facil de-

cir, si podré yo negarte algo de lo que me pidas.

Entonces nuestro Gow, Smith, ó armero, porque estos tres nombres se aplicaban al mismo individuo, y designaban su profesion, al verse animado, besó con la mayor modestia la boca de Catalina, quien se prestó con una sonrisa de afecto, propio del que podria mostrar una hermana para con su hermano.

— Permitidme, dijo ella, en este instante concebir la idea de que vuelvo á ver en Perth un hombre arrepentido y enmendado.

Smith tenia la mano asida, como para responderla, pero la soltó de repente, como quien pierde todo el ánimo, cuando mas debe mostrarle, y dando algunos pasos atrás, al parecer espantado de la libertad que acababa de tomarse, salpicadas sus megillas con el encarnado del rubor, se sentó junto al fuego y en frente de Catalina.

— Vamos, vamos Dorotea; ¡despáchate buena vieja!.... ¡pronto la cena! y Conachar, ¿Dónde está Conachar?

—Ha ido á acostarse..... tiene dolor de cabeza, dijo Catalina como titubeando.

— Ve á llamarle Dorotea, dijo Glover, no consentiré yo se conduzca de este modo. Parece que por ser montañés tiene sangre demasiado noble para tender un mantel sobre la mesa y alargar un plato, ¡y espera entrar en el noble y antiguo gremio de maestros guanteros, sin haber cumplido todos los deberes de buen aprendiz! Ve á llamarle, te digo; porque no me acomoda se me deje de este modo.

Oyóse bien pronto á Dorotea llamar al aprendiz voluntarioso que descendia por la escalera de mano para subir al granero, donde tenia su cuarto, y donde habia subido antes de tiempo. Conachar respondió como rezando, y entró muy luego en la cocina que servia de comedor. Estaban sus bellas facciones cargadas como de una negra nube de descontento, y todo el tiempo que le duró el cubrir la mesa, poner los platos, la sal, vinagreras y especias para cumplir con la obligacion de aprendiz, que se consideraba en aquellos tiempos como la de criado, estuvo muy disgustado é incómodo con la precision en que se hallaba. La Linda Doncella de Perth le miraba inquieta, como

recelosa de que el desagrado del aprendiz aumentase el del amo, y hasta que por segunda vez se encontraron los ojos de Conachar con los de Catalina, no fué posible disimulase su disgusto, ni que manifestara toda la sumision y buena voluntad en el cumplimiento de su deber.

Mas aquí debemos instruir á nuestros lectores, que aunque las miradas entre Catalina y Conachar indicaban tomar aquella un interés en la conducta del aprendiz, aun el observador mas atento se hubiera visto muy apurado, y hubiera distinguido con mucha dificultad, si este sentimiento era mayor que el tan natural y tan propio de una joven para con un mozo de su edad, que vive en su misma casa, y con quien de ordinario vivia en la mayor intimidad.

— Has hecho un viage muy largo, hijo mio, dijo Glover al armero, á quien le habia siempre dado este nombre cariñoso, aunque no era pariente suyo ni aun remoto. Tú habrás visto sin duda otros rios que el Tay y otras muchas mas ciudades que Saint-Johnstown*.

* Nombre antiguo de la misma ciudad de Perth. Los Pictos,

— Así es; pero no he visto ni ciudad ni rio, que me haya gustado, ni que merezca gustarme la mitad, respondió Smith. Aseguro á vm., padre, que al atravesar los Wicks de Baigie se presentó á mi vista nuestra hermosa ciudad como la reina de las Hadas, en una novela, cuando la encuentra dormida un caballero en un lecho de flores bravias, y me consideré como el pajarillo, que cansado de volar, recoge sus fatigadas alas para descender á su nido.

— ¡ Ah! todavía no te has olvidado del estilo poético! ; qué! ¿ volveremos otra vez á cantar nuestras balatas, nuestros rondeles, nuestros alegres villancicos, nuestras redondillas para bailar al rededor del mayo?

— Nada hay de imposible en cuanto á esto, padre mio; aunque el soplo y rechino del fuelle con el ruido de los machos que descargan á compas en el yunque no sean una música

despues de su conversion al cristianismo, edificaron en este sitio una iglesia que dedicaron á san Juan, y por esto se llamó Saint-Johnstown, es decir ciudad de san Juan.

excelente para el acompañamiento del cantor y tañedor, pero yo no sé darles otro; y si es cierto hago malos versos, primero que á la poesía, debo aplicarme al trabajo, hasta lograr hacer buena fortuna.

— Bien dicho, hijo mio, no se puede hablar mejor ni mas á tiempo; y creo debe haberte sido muy util el viage, ¿no es verdad?

— Muy ventajoso. He vendido en cuatrocientos marcos la loriga de acero al general inglés de las fronteras orientales, sir Magnus Redman. Consentí la probase dándole un gran sablazo, despues de lo cual no me pidió le bajase un árdite, en tanto que el pordiosero, ese bribon montañés, que me la tenia encargada, regateó hasta querer le rebajase la mitad, á pesar de haberle asegurado era el trabajo de un año.

— Y bien; ¿qué tienes tú, Conachar, dijo Simon, dirigiéndose á su aprendiz montañés, como á modo de paréntesis. ¿No sabes ocuparte con lo que traes entre manos, sin enterte bien de todo lo que pasa? ¿Qué te im-

porta parezca muy barato á un Inglés lo que un Escocés tiene por caro?

Conachar se volvió hácia él para responderle; pero despues de un instante de reflexion, bajó los ojos y procuró recobrar su sosiego, un poco turbado por el modo despreciable con que Smith acababa de hablar contra sus parroquianos montañeses.

Enrique prosiguió sin hacer aprecio del aprendiz.

— He vendido tambien á buen precio algunos sables, y algunos cuchillos de monte cuando estuve en Edimburgo: piensan que habrá guerra; y si Dios se digna enviárnosla, mis géneros valdrán á buen precio, bendito sea san Dunstan, que era tambien armero como nosotros*. En una palabra, continuó, echando mano al bolsillo, este bolsillo apiastado como carton

* Este santo, segun la leyenda, parece tuvo el alto honor que un día se le soprase en su obrador el diablo; pero tan luego como le conoció, no se detuvo un instante, recibíendole con la urbanidad que se merecia; y como tenia en las manos unas tenazas hechas ascua, trató de atraparle con ellas las narices, y tuvo tal tino, que se dejó mas de la mitad entre ellas el tentador, quien escapó dando alaridos.

y flaco como san Macario *, cuando sali hace cuatro meses, ahora está redondo como una bola, y gordo como cochinito de seis semanas.

— ¿Y ese abanico con cabo de hierro y caja de cuero, colgado junto á él, no ha tenido nada en que ocuparse por todo ese tiempo? Vamos Smith, dime la verdad, ¿cuántas pendencias tuviste desde que pasaste el Tay?

— Me parece no debia vm., padre, dijo Smith, mirando á hurtadillas hácia Catalina, hacerme tal pregunta, y sobre todo delante de Catalina. Es verdad, que yo forjó sables, pero doy á otros el encargo de servirse de ellos. No, no; es muy raro tomar yo un arma en la mano, sino para bruñirla y afilarla; y sin embargo no faltan malas lenguas que me calumnien, haciendo creer á Catalina que el paisano mas pacífico de Perth es un pendenciero. Me alegra de que el mas valiente de los tales tuviera el

* Se lee de este santo anacoreta haber enflaquecido tanto á fuerza de penitencias, que con el pellejo de la barriga se daba dos vueltas al cuerpo: muy grueso debió ser antes de ir al desierto. Pero al fin la leyenda lo dice, y no se debe dudar sin ser un *impío rematado*.

(N. D. T.)

ánimo para hablar así en las alturas de Kinnoul, y que nos halláramos los dos solos.

— Ahora digo, que tienes razon; porque sin duda, dijo Simon riendo á mas y mejor, nos darias una prueba de tu genio y humor flemático. Anda, anda, Enrique, como quieres tú que crea tales cuentos quien te conoce como yo. Tú miras á Catalina como si no supiera ella que debe todo el mundo vivir alerta en esta tierra y ponerse en defensa, si ha de dormir seguro: vamos, vamos y pongámonos de acuerdo en que tú has echado á perder otras tantas armaduras como has hecho, y pulimentado.

— Porque, hablando en plata, padre Simon, sería muy mal armero el que no diere ciertos golpes con las armas, para probar si están bien trabajadas. Si yo no abollara cascos ni mellara espadas, ó las rompiera al meterlas por la cota-malla, no podria conocer el grado de fuerza de lo uno, ni el temple de lo otro para fabricarlas á prueba, y las haria como de carton, parecidas á las que fabrican otros en Edimburgo, sin vergüenza de que se diga salieron de sus talleres.

— Sí, sí, apostaría una oreja y la mitad de la otra á que por esto has tenido una disputa con algun armero de Edimburgo.

— ¡Una disputa! No señor, pero confieso haber medido mi espada con alguno de ellos, en el monte de San-Leonardo, en defensa del honor de nuestra buena ciudad. Ciertamente no debe vm. creer haya yo querido tener disputas con los hermanos del gremio.

— Seguramente no; ¿pero cómo se libró tu hermano en este caso?

— Como se libraria de un bote de lanza el que tuviera por peto un pliego de papel, ó por mejor decir, él no salió del apuro de modo alguno, porque cuando yo me fui, se quedó todavía en la choza del ermitaño, esperando la muerte de un dia para el otro, y el padre Gervasio me dijo, se disponia como buen cristiano á recibir la visita que todos tememos se nos entre de puertas adentro.

— ¿Has medido tu espada con algun otro?

— Para no mentir, digo que tambien me bati con un inglés en Bervick por la cuestion anti-

gua de la supremacía, como ellos dicen*. Estoy seguro no juzgará vm. debia yo excusarme en cuanto á decidir de cualquier modo este punto importante, y tuve la buena suerte de haberle herido en la rodilla izquierda.

— ¡Bravo! por San Andrés! ¡Bien, otra vuelta! Y ¿á quien mas hiciste otro flaco servicio? preguntó, sonriéndose Simon, á vista de las hazañas de su pacífico amigo.

— Tambien nos peleamos un Escocés y yo, en el Torwood, sobre quien manejaba mejor la tizona, porque la cosa estaba en duda; y ya ve vm. no era posible quedar en lo cierto, sin reducir á práctica nuestra teoría, y lo llegó á saber el pobre diablo á costa de dos dedos, que hoy cuenta de menos.

— Basta, basta lo dicho, para calificarte por gente de paz, y el hombre mas comedido de Perth, que nunca pone mano en armas, sino para bruñirlas y afilarlas. ¿Tienes algo mas que te agrave la conciencia?

* La soberanía que se quiere arrogar la Inglaterra desde Roberto Bruce, y aun antes.

— Casi nada; porque no vale la pena el referir la correccion que llevó de mi parte un montañés.

— ¿Por qué te tomaste la licencia de corregirle, siendo tú enemigo de contiendas?

— Por nada; porque no me acuerdo de otro que de habérmele encontrado al sur del puente de Stirling.

— Muy bien, voy á brindar por el gusto de verte sano y bueno, despues de tantas hazañas. ¡Vamos, Conachar, menéate, buen mozo! y danos de beber; tú tomarás, hijo mio, este vaso de ese rico ale*.

Conachar llenó dos vasos de la tal bebida presentándolos á su maestro y á Catalina con el debido respeto: poniendo despues el jarro en la mesa, se fué á sentar.

— ¡Cómo es eso, bribon! ¿qué modales son esos? Da de beber á mi huesped, al digno maestro Enrique Smith.

— Si tiene gana de beber, muy bien puede

* Especie de cerveza.

servirse á si mismo el maestro Smith, contestó el joven Celta. Bastante se ha degradado ya el hijo de mi padre en una noche.

— ¡Oye! tú cacareas muy alto para tan pollo. Pero en sustancia tienes razon buen mozo dijo Smith; porque merece morir de sed quien no puede beber sin copero.

Mas el guantero no pudo llevar con paciencia la contumacia de su joven aprendiz.

— Ahora pues, dijo, sobre mi palabra honrada y por el mejor guante que salió de mis manos, has de haer pasar la bebida desde el jarro á su vaso, pronto y bien, si hemos de pasar la noche tú y yo bajo de un mismo techo.

Levantóse Conachar, al oir esta orden tan terminante, y acercándose á Smith, que ya tenia la copa en la mano, llenóla; pero, fingiendo tropezar en algo, al llevar Enrique el vaso á la boca, se dejó caer contra él, y vertiendo el licor, dejó al armero con la cara y el vestido llenos de cerveza. Smith pues en descuento de su inclinacion belicosa, tenia buen genio; pero al verse provocado de un modo tan grosero, se le apuró la paciencia: agarróle por donde antes

pudo, y fué por el gaxnate, y apretándole para despues arrojarle de sí, le dijo:

— Si me hubieras jugado esta pasada en otra parte, colgajo de horca, te arrancara las orejas, como lo hice antes que á ti con algunos de tu clan.

Levantóse Conachar con la ligereza del tigre y exclamó:

— No te alabarás de otra tal, y tiró de un cuchillejo bien afilado, dirigiéndole hácia el cuello y á la parte superior de la clavícula una mojada que pudiera causarle una herida mortal. Pero fué tan pronto el acometido en defenderse y detenerle el brazo armado, que apenas le hirió sino para hacerle sangre. Tenia Smith el brazo del aprendiz tan empuñado como con unas tenazas, y le desarmó en un momento. Viéndose Conachar á discrecion de su formidable adversario, le sobrevino una palidez mortal, en lugar de lo encendido que le pusiera el corage, y enmudeció de miedo y de vergüenza. Por último, al soltarle Smith el brazo le dijo con calma:

— Tienes la mayor fortuna en no ser digno

de mi enojo. Tú eres un chico, y yo soy un hombre; no debia yo haberte dicho nada para provocarte: pero no te olvides del caso, y sírvate de leccion para otra vez.

Conachar parecia dispuesto á responder; pero se salió de la cocina, cuando todavía Simon no se habia recobrado de la sorpresa para poder hablar; Dorotea buscaba yerbas y remedios para curar el herido, y Catalina se habia desmayado al ver la sangre.

— Con licencia de vm., padre Simon, dijo Smith con voz melancólica. Yo debia pensar que mi antigua mala suerte me hubiera seguido hasta este sitio, y que mi presencia debia producir una escena de inquietud y sangre, donde yo deseaba con ansia llevar la paz y la felicidad. No se tome vm. cuidado por mí, cuide vm. de Catalina. Este suceso la tiene mortal; y yo soy quien tiene la culpa!

— Tú, culpado, hijo mio!... Ese bandido de montañés, pues parece me han echado una maldicion desde que vino á mi casa; pero mañana bien temprano volverá otra vez á las montañas, ó tendrá que darse á conocer del carce-

lero de la ciudad... ¡Asaltar contra la vida de un huésped de su amo, y en la casa de su amo! Esta conducta vil ha roto los vínculos que podían unirnos. Veamos la herida.

— ¡Catalina! dijo el armero, cuide vm. de Catalina.

— Dorotea cuidará de ella: el espanto y el miedo no matan por lo común, pero los cuchillos y puñales son mucho más peligrosos.

— Además, que si ella es hija mía según la sangre, tú lo eres también; porque te quiero como si lo fueras, Enrique mío. Déjame ver la herida; el puñal montanés fué siempre un arma temible.

— A mí me importa lo mismo que la uña de un gato montés, y tan luego como Catalina recobre sus colores, que ya comienzan a presentarse, me verá vm. tan sano como si tal cosa no hubiera sucedido.

Acercóse al decir esto á un espejillo que había colgado en un rincón, sacó del bolsillo unas hilas, para ponérselas en la herida; separó del cuello y hombros la parte del peripunte que los cubría, y luego descubrió no me-

nos lo muscular de sus formas, que lo blanco del cutis, como que no habían estado estas partes á la intemperie cual la cara y manos, afeadas ambas á causa de su oficio. Aplicóse las hilas para restañar la sangre, y después de haber quitado con un poco de agua fresca hasta la más mínima señal, se abotonó el peripunte y volvió donde Catalina estaba, aunque pálida y temblando, sin embargo recobrada del delirio.

— Suplico á vm. me perdone el haberla agraviado tan pronto como he vuelto á verla. Ese tronera hizo mal en provocarme, y yo lo fuí más en darme por sentido de un trasto barbilampiño como él. ¿Pues que su padre de vm. no me culpa, Catalina, podrá vm. perdonarme?

— Yo no puedo perdonar por lo que no debo sentirme, respondió Catalina. Si mi padre permite sea su casa teatro de riñas nocturnas, tengo que presenciárlas. Yo no puedo estorbarlas. Tal vez fué culpa mía el haber impedido por mi desmayo el progreso de tan bello com-

bate. Mi única y sola disculpa es que no puedo soportar la vista de la sangre.

—¿Y es ese buen modo, le preguntó su padre, de recibir á mi amigo despues de ausencia tan larga? Mi amigo dije; mas bien mi hijo, por poco no muere á manos de un tunante de que mi casa quedará libre mañana, y ; tú le tratas como si él hubiera hecho mal en arrojar la serpiente del cuello, pronta ya para sofocarle con su veneno!

— A mí no me toca, padre mio, dijo la doncella, decidir cual de los dos tiene razon, ó es criminal en la tal disputa; ni yo he podido ver con claridad lo que ha pasado para declarar quien ha sido el agresor, y cual el que no estuvo sino por la defensiva; pero no puede negar nuestro amigo ser morador de un mundo atestado de pendencias, combates y sangre. Él no puede oír tranquilo los elogios de un espadachin; al momento le asalta la envidia, ya no puede menos de poner á prueba su valor. Como se halle á vista de una pendencia, se mete luego de bruces en ella; si tiene amigos, se bate con ellos por el honor, y si enemigos, tambien

se pelea por espíritu de rencor y venganza; y tampoco deja de atacar á los indiferentes, porque se ponen al norte ó al sur de un rio. Su vida es vida de pelea, y no cabe duda en que pasa la noche, soñando que se bate.

— ; Hija mia! dijo Simon, tu estás muy parlanchina. Las pendencias y peleas son cosas de hombres, en que no deben meterse las mugeres; pero mucho menos son materias de que deba tratar ni en que pensar una doncella como tú.

— Pero si ellos se atreven á reñir y batirse á nuestra presencia, tambien es muy duro prohibirnos el hablar ni pensar en ello. Convengo con vm. en que este guapo paisano de Perth, tiene uno de los mejores corazones que palpitan á lo interior de sus muros; que se apartará trescientos pasos, antes que pasar por donde haya un insecto por no pisarle, y que no seria capaz de matar á sangre fria una araña, como si estuviera emparentado con el rey Roberto de feliz memoria*; que antes de

* Bien conocida es la tal alusion de los que han leído á Bar-